

"Libertad en Cristo,"

La gente anhela ser libre de ataduras dolorosas y humillantes. Los prisioneros, cansados de los muros, quieren su libertad; los esclavos quieren liberarse de sus amos humanos; los adictos quieren ser libres de sus hábitos esclavizantes; las personas enfermas o discapacitadas anhelan estar sanas; y los estudiantes quieren terminar la escuela para poder ser libres de perseguir sus propios proyectos. Amamos al Señor, y nuestro amor por Él nos libera de las cosas que nos dañan y nos da la oportunidad de servir y bendecir a otros. Cuanto más conocemos al Señor, más queremos ser como Él. Escogemos libremente seguir a Cristo porque lo amamos, y sabemos que Él nos ama.

Nuestra lectura de hoy es de 1 Pedro capítulo 2, comenzando en el versículo 13 hasta el versículo 17. Allí, Pedro está intentando animarlos a vivir en el mundo en el que habitamos, pero recordando que pertenecemos a Cristo y que tenemos la libertad de hacer el bien.

“Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, o a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey.” (1 Pedro 2:13-17, RVR 1960)

Esta es la Palabra de Dios. Oremos. Padre, estamos agradecidos de que nos hayas permitido ser libres, para poder servirte y bendecir la vida de otros. Y Padre, oramos ahora que nos des fuerza para hacer Tu voluntad y comportarnos como Tus hijos y Tus siervos. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

Gálatas 5:1 dice: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres.” (Gálatas 5:1, RVR 1960) Si bien el cristianismo es un compromiso con Cristo, también es un medio de libertad para el alma. Cristo vino a esta tierra para darnos una vida abundante y vida eterna. Vino para bendecirnos en el presente y en la vida venidera. Ahora, si estás en Cristo, tienes todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales. Atesora esas bendiciones.

Cuando hablamos de la libertad en Cristo, debemos entender que Él es quien nos libera de muchas cosas que pueden hacernos daño. Cuando la gente decide seguir el pecado, inevitablemente cae en la ruina. Problemas, problemas, problemas. Se dañan a sí mismos y, por lo general, dañan a quienes aman. El Señor Jesús dijo en Juan 8:34: “De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.” (Juan 8:34, RVR 1960) Podríamos llamarlo adicción o hábito, pero en realidad es una esclavitud. El pecado controla y hace que la gente haga cosas que no desea hacer. Pablo explica en Romanos 7:14-17: “Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí.” (Romanos 7:14-17, RVR 1960)

Cuando la gente encuentra placer en el pecado, ese placer los conduce a hacer cosas perversas. Más tarde se arrepienten y eso les produce vergüenza interior. Controla sus pensamientos y acciones, y solo conduce a la ruina. Romanos 8:5-8 dice: “Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios;

porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.” (Romanos 8:5-8, RVR 1960)

Ahora bien, debido a que una persona ha pecado, y porque Pablo mismo había pecado, él se veía a sí mismo como miserable y anhelaba la libertad que viene de Cristo. Dijo en Romanos 7:24-25: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.” (Romanos 7:24-25, RVR 1960) Quizá te hayas sentido así, atrapado por el pecado y anhelando el perdón. Pablo quería vivir una vida justa que agradara a Dios. Él sabía que el pecado—y no Dios—era el verdadero enemigo que nos esclaviza y nos hace miserables. El Señor Jesús vino a esta tierra para librarnos del pecado y de la miseria que este causa, y para darnos paz y esperanza. Vino a mostrarnos una mejor manera de vivir y a darnos la oportunidad de vivirla.

¡Qué triste que algunos cristianos regresen a los mismos pecados de los que fueron liberados! Han olvidado el precio que Jesús pagó para liberarlos del pecado. Han olvidado cómo el pecado los atrapa, los avergüenza y arruina sus vidas. Permiten que sus ojos, su carne o su orgullo los alejen de Dios y vuelvan a la miseria. Ponen sus almas en gran riesgo. 2 Pedro 2:20-21 dice: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado.” (2 Pedro 2:20-21, RVR 1960) Querido amigo cristiano, no permitas que el pecado vuelva a entrar en tu vida.

El perdón y la libertad que tenemos en Cristo hacen por nosotros más de lo que la Ley del Antiguo Testamento podía hacer. Pablo les dijo a los judíos de Antioquía de Pisidia en Hechos 13:38-39: “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de Él (Jesús) se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en Él es justificado todo aquel que cree.” (Hechos 13:38-39, RVR 1960)

El libro de Gálatas describe cómo algunos cristianos judíos trataban de imponer la circuncisión y la Ley de Moisés a los nuevos cristianos gentiles. Pablo escribió en Gálatas 2:15-16: “Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.” (Gálatas 2:15-16, RVR 1960) Encontramos nuestra libertad del pecado por medio de la fe y la obediencia a Cristo, no por las obras de la Ley. Gálatas 5:6 dice: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.” (Gálatas 5:6, RVR 1960)

La libertad que tenemos en Cristo no es solamente la libertad de las cosas que nos hieren; también es la libertad para perseguir las cosas que nos edifican y bendicen a los demás. Gálatas 5:22-23 dice: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.” (Gálatas 5:22-23, RVR 1960) Dios obra en nuestras vidas para producir cualidades maravillosas, y no hay límite en cuánto podemos disfrutar de estas cosas y compartirlas con los demás. Somos libres de perseguir todo esto de corazón, sabiendo que no solo bendecirán nuestra vida, sino también la de quienes nos rodean.

No tenemos límite en la cantidad de amor de Dios que podemos mostrar a las personas. Cuanto más conocemos de la gracia y el amor de Dios, más nos regocijamos y más queremos compartirlo. Pablo oró

en Efesios 3:18-19 que los cristianos: “seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.” (Efesios 3:18-19, RVR 1960) Cuanto más conocemos el amor de Dios, ¡más agradecidos estamos por él!

El amor de Cristo nos lleva a un gozo “inefable y lleno de gloria”. No hay límite para el gozo que experimentamos en Cristo. De hecho, aunque estaba en prisión y temía perder la vida, Pablo exhortó a la iglesia en Filipenses 4:4: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4:4, RVR 1960) La vida puede traer muchas miserias, pero no puede arrebatarnos nuestro gozo en Cristo, el gozo de un hogar en el cielo.

A medida que el Espíritu obra en nuestras vidas a través de la Palabra, encontramos paz. Las Escrituras están llenas de las promesas de Dios en blanco y negro. En Cristo podemos vivir sin preocupaciones, porque sabemos que nuestro Padre celestial provee para nosotros, escucha nuestras oraciones, perdona nuestros pecados, nos protege del mal y nos da una herencia. Podemos dormir por la noche con la seguridad de que Dios cuida de nosotros y está con nosotros.

Cuando leemos de la paciencia de Cristo en la Escritura, esto nos conduce a ser pacientes. La paciencia es la capacidad de mantener la calma emocional y la seguridad frente a la frustración o la desgracia, evitando quejarse. Vemos cómo Cristo soportó la cruz sin tomar venganza, y esto nos da la fuerza interior para soportar las hostilidades que podamos enfrentar.

Debido a que Dios ha sido tan bondadoso con nosotros, somos libres para mostrar bondad a los demás. Somos libres de ayudar a otros en momentos de angustia, de perdonarlos y de dar libremente de nuestro tiempo y energía para bendecirlos. No hay ley contra la bondad. El Señor Jesús dijo en Lucas 6:38: “Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.” (Lucas 6:38, RVR 1960)

El ejemplo de generosidad de Dios nos conduce a buscar una vida de bondad o generosidad. Sabemos que nunca podremos darle a Dios más de lo que Él nos da. Gálatas 6:9-10 dice: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.” (Gálatas 6:9-10, RVR 1960)

El Espíritu, a través de las Escrituras, también nos revela la fidelidad de Dios, lo cual nos conduce a ser fieles. Jesús luchó por horas, soportando el dolor, la burla y la vergüenza de la cruz. El Señor Jesús soportó la cruz hasta el final y nunca se rindió con nosotros. Él dijo en Mateo 28:20: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mateo 28:20, RVR 1960) Podemos contar con el Señor, y esa seguridad nos lleva a serle fieles a Él y a no rendirnos nunca en la vida cristiana.

Ya que Dios es tierno con nosotros, bendiciéndonos aun cuando no lo merecemos, podemos aprender a ser tiernos con los demás. Pablo dijo en Efesios 4:32: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.” (Efesios 4:32, RVR 1960) Nuestro amoroso Padre celestial es el Dios de toda gracia, el Dios de toda consolación y el Dios de toda esperanza. Dado que Dios nos trató con ternura al salvarnos, podemos perdonar a otros cuando pecan contra nosotros.

Algunas personas piensan que tener dominio propio es carecer de libertad, pero la verdad es que nadie puede ser libre si carece de dominio propio. Cuando la gente no puede controlarse, sus pasiones los esclavizan a sus deseos y lujurias. Las adicciones esclavizan, pero el dominio propio nos mantiene libres de la esclavitud. El dominio propio nos permite buscar lo que es bueno y saludable, en lugar de alimentar un mal hábito.

El evangelio de Cristo nos libera del pecado y nos libera para buscar el amor cristiano y el servicio; pero para tener esta libertad, debemos permanecer en Cristo. Nuestra libertad está en Cristo, no fuera de Él. El Señor Jesús prometió en Juan 8:31-32: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Juan 8:31-32, RVR 1960) Permanecer dentro de las palabras de Cristo, que se hallan en las Escrituras, es como Jesús distingue a Sus verdaderos discípulos de los demás.

Un tren no puede ir a ningún sitio si no está sobre las vías. Las mismas vías que lo confinan son las que lo hacen libre para viajar kilómetro tras kilómetro y llevar grandes cargas. Nosotros necesitamos aferrarnos a Cristo y a Sus palabras, palabras de vida eterna. Cuando nos alejamos de la enseñanza de Cristo, nos alejamos de Dios. 2 Juan 9 dice: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo.” (2 Juan 9, RVR 1960) Para tener al Padre y al Hijo, debemos permanecer en la enseñanza. Debemos escuchar lo que las Escrituras dicen y seguirlo.

¿Por qué es esto importante? He aquí la razón: las palabras del Señor enseñan la verdad que nos mantiene libres de falsas esperanzas y mentiras. Las palabras de Cristo nos proporcionan un medio para distinguir el bien del mal. Nos dan un estándar para diferenciar lo real de lo imaginario, y un fundamento firme sobre el cual construir nuestras vidas. La verdadera libertad proviene de permanecer dentro de los límites que Dios nos dio, de habitar en Su palabra. Ir más allá de esos límites no nos libera; nos enreda en doctrinas humanas. Y por esto debemos examinarnos para ver si estamos permaneciendo en las palabras de Cristo.

Oremos juntos. Padre celestial, ayúdanos a ser buenos estudiantes de Tu palabra, a permanecer siempre en ella, a amarte y a amar lo que nos has enseñado, y a hacer Tu voluntad. Esta es nuestra ferviente oración, en el nombre de Jesús. Amén.

El Señor Jesús dijo en Juan 8:36: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” (Juan 8:36, RVR 1960) Estoy agradecido de que el Señor nos libere del pecado y de la muerte espiritual. Dios nos da esperanza de que podemos cambiar y convertirnos en personas piadosas. No tenemos que estar atrapados y esclavizados por el pecado. Dios nos ofrece algo mejor. Romanos 6:16-18 dice: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.” (Romanos 6:16-18, RVR 1960) Los esclavos del pecado que obedecen a Jesús pueden ser liberados, y aunque eran esclavos del pecado, se convierten en siervos de la justicia.

El Señor nos libera para ponernos en un mejor camino: un camino de amor, de servicio y de vida eterna. Puedes llegar a ser cristiano al unírte con Cristo. Para ser uno con Cristo debes poner tu fe en Él como el Hijo de Dios, arrepentirte de tus pecados, confesarlo ante los demás y ser bautizado en Cristo.

Gálatas 3:26-27 dice: “pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.” (Gálatas 3:26-27, RVR 1960) El bautismo es el momento en que los que están fuera de Cristo se unen a Él, donde están Su perdón y Sus bendiciones. El Señor lavará tus pecados cuando seas bautizado, según Hechos 22:16, y te unirá con Cristo, conforme a Romanos 6:4-5. ¡Ven al Señor hoy!